La vida perra de Juanita Narboni

No sé si llegaré a tiempo y acabaré de escribir esto. Siempre tengo que ir corriendo, sin necesidad. Tú me lo recuerdas desde que tengo uso de razón: más vale no dejar para mañana lo que puedas hacer hoy. Como si te viera. Sí, mamá, pero tú tampoco lo has aplicado mucho a tu vida, digamos que no has predicado con el ejemplo.

Bien, a lo que iba: no sé si este libro me ha gustado o no. No sé cómo valorarlo. “No sé, no sé”, siempre estás igual, aunque se dice que cuántos más años cumples menos sabes, así que no estoy tan mal. Vuelvo otra vez a lo mío (por Dios, hija, cómo te repites). No sé si lo he disfrutado o lo he padecido (como una enfermedad). No debo decir esto: pensarán que no tengo criterio (y tendrán razón). Como diría Juanita: “así se os caiga el *massaj*”. Hacía tiempo que no me encontraba con un relato tan claustrofóbico y autodestructivo. He leído mucho dolor, represión, tristeza… En definitiva: en Juanita hay mucha soledad. Cuando solo te escuchas a ti mismo (o a tus fantasmas) es difícil salir de un autocírculo vicioso de derrota y muerte. Qué curioso ha sido encontrarme hoy con esta notica: el Reino Unido ha creado una suerte de “Ministerio de la Soledad” para hacer frente a lo que denominan una “lacra social” del siglo XXI. No sé si la soledad de Juanita es causa o consecuencia de su tristeza, quizá sea ambas cosas.

La descansada de la Narboni es una persona innoble, egoísta y me molesta que, a veces, pueda encontrarme en ella. No negaré que en mi vida he sido alguna vez este personaje: desdichada, cobarde, atolondrada, infeliz, eternamente sola.

Otro aspecto que me ha molestado de este libro es su falta de lirismo: aparece solo en algunos trazos (cuando se deja ver un poco de esperanza y sueña con coger un tren y ser feliz de una vez), o en la esperanza impostada de su relación con Dedé.

He de confesar aquí (ojalá no me juzguen como una sanguinaria) que esperaba que nuestra protagonista, mientras buscaba con desesperación la fotografía de su madre muerta, hiciera uso de esa pistola que guardaba el padre en el cajón. Para quitarle la vida tuve que cerrar el libro y acabar así con su miseria.

Juanita Narboni es una descansada, un higo chumbo con las espinas hacia dentro con el que no he parado de pincharme durante las trescientas dieciocho duras y penitentes páginas.

Marta Campos Gea

18 de Enero de 2018